

Las dificultades que ofrecía el camino, la poca voluntad con que servían los peones, y una lluvia que no cesó de caer, hizo la marcha lenta, y al anochecer el material quedó regado en una larga extensión.

La división había salido de Oaxaca en el mejor orden, sin haber perdido ni un hombre ni un fusil en aquella mañana. Nos alcanzó á medio día, y siguió su marcha llevando los obuses de montaña á lomo y dejándonos á retaguardia con el material de batalla.

El enemigo, al notar la evacuación de las líneas, salió también en pos de nuestras tropas, pero marchando con circunspección; de manera que no se había dejado ver.

Al amanecer el siguiente día, hallé que había desertado la mayor parte de los peones llevándose los bueyes; de suerte que sólo podía contar con unos treinta hombres y tres yuntas, en vista de lo cual ordené que las mulas del tren arrastrasen las piezas.

Pudieron estas pernoctar en la última cumbre que termina el ascenso de la sierra por aquel lado; pero las cureñas quedaron un poco más abajo.

Al día siguiente habían desaparecido el resto de los peones, y no había ya que pensar en intentar conducir las cureñas.

Las tropas seguían adelante, y á su retaguardia, con largos intervalos, las tres piezas sin escolta ni auxilio ninguno.

La primera, la conducía el Capitán de Artillería D. Francisco Miranda, la segunda el de la misma clase de guerrilla D. Francisco Meinjuiro, y la tercera el que esto escribe.

Había quedado muy atrás, acompañado solamente de mi asistente y del picador del tren, que dirigía el tiro que arrastraba la pieza.

A lo que alcanzaba la vista, no se distinguía ningún sér humano por aquellas soledades; pero se iban venciendo todos los obstáculos que se presentaban, gracias á la bondad y buen estado del ganado de tiro, y á la habilidad y buen deseo del picador, cuyo nombre quisiera recordar para consignarlo en estos apuntes como tribu-

to de justicia, pues si él me hubiese abandonado, la pieza se habría perdido irremisiblemente.

Sin embargo, pronto tuvimos que luchar con una gran dificultad. La narria que no había sido enllantada, se iba adelgazando poco á poco, y llegaría un momento en que se deshiciese sin poderlo evitar.

En esto, habíamos llegado á un desfiladero de corniza que apenas daba lugar á que pasasen las mulas, y á la derecha había un profundo barranco.

Por fortuna el desfiladero no era muy largo, y con un poco de trabajo se pasaría sin tropiezo; mas apenas penetramos en él, cuando notamos una grieta de treinta y cinco á cuarenta centímetros de ancho, que lo cortaba en toda su latitud.

¿Existía aquella cortadura desde antes que pasara la tropa?

¿Se había producido á consecuencia de este mismo paso?

¿O acaso había sido hecho intencionalmente?

No era fácil resolver estas cuestiones; pero el obstáculo estaba allí, y era necesario vencerlo.

Mientras el picador y yo conferenciábamos sobre el modo de pasar el precipicio, llegó á la entrada del desfiladero, acompañado de su familia, á caballo, el Administrador de Correos, Maldonado (1) si mal no recuerdo.

Pretendía que le dejara el paso libre; pero pronto se convenció de que eso era imposible, porque ni las mulas ni la narria podían dar media vuelta en tan estrecho paso.

Entonces Maldonado me dijo que la pieza no vencería nunca el obstáculo que tenía delante, que el enemigo venía ya muy cerca, y que lo mejor sería que arrojara la pieza á la barranca, puesto que siempre se había de perder.

Por supuesto que yo no accedí á semejante pretensión; y seguí ocupándome del modo de salir del mal paso.

Maldonado, á quien le urgía pasar, insistía, cada vez

(1) Creo que era Jefe Político del Marquesado.

con más ahinco, en que derrumbara la pieza, asegurándome que dentro de pocos minutos aparecería el enemigo, que él acababa de dejar á poca distancia.

Le contesté que en cuanto viera al enemigo arrojaría la pieza al barranco, con lo que tuvo que conformarse.

Estudiada la cuestión, careciendo de instrumentos y de toda clase de material para echar un puente, resolvimos arriesgar el todo por el todo.

Era preciso acometer con viveza el ganado, á fin de que de un salto salvase el obstáculo, mientras el picador, que montaba una de las mulas, llevaría en la mano un cabo que se había asegurado en el pico de la narria y halando de él con toda su fuerza, procuraría levantar la narria á fin de que no tropezase.

No dejaba el caso de tener su peligro, pues si la narria tropezaba y caía al precipicio, podía arrastrar consigo las mulas y el picador. En fin, era forzoso acabar.

El picador acometió el ganado con resolución: las mulas saltaron con brío, arrastrando la narria al otro lado de la grieta, felizmente.

Pudimos, pues, respirar al haber superado aquella grave dificultad, que pudo haber sido causa de la pérdida del obús y, lo que era más, de la vida de un hombre.

La familia Maldonado, libre ya el paso cuando franqueamos el desfiladero, pudo pasar adelante, quedando de nuevo solos el picador, mi asistente y yo.

La narria, debilitada con el continuo rosamiento, no pudo soportar la última prueba á que había sido sometida, y á poco andar se desbarató por completo, dejando la pieza en tierra.

No por eso nos desanimamos, y tratamos de ver si el ganado la podía arrastrar. Hicimos la prueba, y quedamos satisfechos al ver que las mulas estiraban perfectamente; mas á pesar de su buena voluntad, y de hallarse gordas y bien mantenidas, era seguro que semejante trabajo no podían soportarlo por mucho tiempo.

En esto obscureció; y aun cuando nos hallábamos ya cerca de Teojocuilco, cuyas luces se veían, y cuyos rui-

dos se escuchaban, no era prudente aventurarnos en las tinieblas, en un país tan accidentado y desconocido.

Por otra parte, el ganado necesitaba beber, comer, y descansar, y nosotros también. Por lo que hace á mi, desde el almuerzo que hice en Etna, cuando fuí á buscar auxilio el día 9, no volví á tomar otro alimento que algunos puñados de totopo, que no fueron, ni con mucho, suficientes para alimentarme.

Así es que sólo estaba sostenido por la excitación nerviosa producida por el trabajo y la ansiedad; pero á veces sentía vértigos que amenazaban derribarme.

Resolví, pues, ocultar lo mejor posible la pieza entre unas malezas y continuar con el ganado á Teojocuilco.

Llegaríamos al pueblo entre once y doce de la noche, porque habíamos hecho muchos rodeos y caminado muy despacio por temor á los derrumbaderos.

Dí cuenta al General de todo; y aprobando mi conducta, me envió al Gobernador D. Marcos Pérez para imponerlo de la situación. Este señor me obsequió con una taza de chocolate que no tuve inconveniente en pedirle, pues me hallaba casi exánime.

Al volver al alojamiento del General, éste me ordenó que le diera cuenta por oficio de lo ocurrido durante la marcha, y de cómo quedaba el material de artillería.

En consecuencia, le dirigí la comunicación siguiente: "División de Oaxaca.—Comandante de artillería.

"En la noche del día 9 del corriente salí del Marquesado con las tres piezas de batalla de la división y treinta hombres de la guerrilla Meinjuiro, con orden de V. S. de introducir esta artillería á la sierra para evitar así, que en cualquier evento pudiera perderse. Al llegar á San Agustín Etna encontré una reunión como de ochenta hombres que habían sido llamados con el objeto de componer el camino. En el acto dispuse que esta gente me ayudara en la operación de conducir las piezas. Estas se desmontaron, colocándolas sobre trineos para ser arrastrados por bueyes, y los montajes se desarmaron, y procedí desde luego á hacerlos subir por aquellos difíciles desfiladeros. La operación marchaba con lentitud

á causa de la poca voluntad de los trabajadores, de su escaso número, y de la lluvia que no cesó un momento de caer. Para violentar la operación, marché á la villa de ETLA para solicitar auxilios. En la tarde se me presentaron como otros treinta hombres y doce yuntas de bueyes, y al momento se puso en marcha todo lo que estaba detenido. Las resistencias que oponían un camino lleno de obstáculos y de precipicios, hacía nuestra marcha lenta y penosa. Sobrevino la noche, y el material quedó necesariamente regado en una larga extensión, dando esto lugar á que á favor de la lluvia y la obscuridad, se fugaran los trabajadores, llevándose las yuntas. Al amanecer me encontré solamente unos treinta trabajadores y tres yuntas de bueyes. Entonces dispuse que las mulas del tren arrastrasen los trineos, logrando de este modo vencer la última cumbre que termina el ascenso de la sierra por aquel lado; pero los montajes quedaron un poco más abajo.”

“El día de hoy se ha vencido toda la distancia que media entre el rancho de las Cruces y este pueblo, teniendo el gusto de comunicar á V. S. que las piezas se han incorporado; pero los montajes han quedado abandonados por los trabajadores, y como los que tenía pedidos á Teojocuilco y otros pueblos el E. S. Gobernador del Estado, no se han presentado hasta ahora, creo que se debe repetir el pedido de gente con la urgencia que demandan las circunstancias, pues de otra manera no se podrá practicar la operación.”

“El Capitán de artillería D. Francisco Miranda y el de guerrilla D. Francisco Meinjuero, han trabajado mucho en esta difícil operación, sufriendo el hambre y la sed en los tres días que hemos permanecido en la sierra.”

“Dios y Libertad. Teojocuilco, Mayo 12 de 1860, á las doce de la noche.—Manuel Balbontín.”

“Señor General en Jefe de las tropas del Estado de Oaxaca.—Presente.”

Al amanecer del día doce, el Capitán Miranda salió con el picador y recogió el obús que la noche anterior dejé oculto á corta distancia.

Aunque desde la víspera había dispuesto el General que las fuerzas que mandaban los Tenientes Coroneles Zubeldía y Zenteno, escoltadas por el Coronel D. Porfirio Díaz con las de su mando, fueran, en el caso de no proporcionar el señor Gobernador los hombres que había ofrecido, á recoger y conducir el material de artillería que había quedado en el campo; esta disposición no pudo tener cumplimiento, porque en la madrugada el batallón de Tlaxiaco y la caballería habían emprendido la fuga para sus Distritos, y el batallón de Jamiltepec amenazaba hacer lo mismo, como lo verificó después.

Esto dió por resultado una grande excitación en el campo, y el Coronel Díaz fué á interpelar al General sobre lo que pensaba hacer.

El General contestó que su presencia en la división no podía traer ningún bien, pues veía que podía ser pretexto para desórdenes que él no podía remediar; por cuya razón iba á entregar el mando al Coronel D. Cristóbal Salinas, á quien le correspondía por antigüedad, retirándose él en seguida para Veracruz.

Contestóle D. Porfirio que no podía hacer cosa mejor, porque los ánimos se hallaban muy exaltados en su contra, y á él le había costado mucho trabajo contenerlos para impedir que fusilaran al General.

Después de esta entrevista que yo presencié, el General entregó el mando, y con los Oficiales que había llevado consigo, se puso en marcha para Veracruz.

El enemigo, que había invadido la sierra, atacó el pueblo de Ixtepejí, que se defendió valientemente todo un día, hasta que llegando en su auxilio el Coronel Díaz con una sección de tropas, obligó á los reaccionarios á retirarse en derrota.

A pesar de este triunfo de los liberales, el material de artillería que se hallaba abandonado fué recogido por el enemigo.

Creyéndose los reaccionarios en segura posesión de Oaxaca, y no inspirándoles ningún temor la fuerza que quedaba en la sierra, derribaron las fortificaciones, y el General Cuevas volvió al interior, donde el partido liberal hacía progresos, aumentando su brigada con parte de las fuerzas de Cobos.

Esto lo describe el Gobernador Cajiga en su memoria, del modo siguiente:

“Pero los acontecimientos del interior, en que el ejército liberal comenzaba desde Loma-Alta á cubrirse de gloria, abriendo el porvenir hasta entonces nublado para la República, obligaron al Gobierno reaccionario, ya que Oaxaca se creía bien seguro en su poder y la sierra se juzgaba completamente débil, á disponer de la brigada Cuevas, que sin objeto, y sobrante en el Estado, salió de la capital para México á fines de Mayo.”

El cinco de Agosto las tropas liberales bajaron de la sierra y tomaron posiciones en las haciendas de San Luis y de Dolores.

Cobos salió á batirlas, y aunque en mayor número, fué derrotado, retirándose en seguida á la ciudad; pero en esta vez sus adversarios no le dieron lugar á rehacerse, y lo siguieron, obligándolo á refugiarse en los conventos del Carmen y de Santo Domingo, que evacuó durante la noche, bien persuadido de que no podría sostenerse allí cuando no podía esperar auxilio de ninguna parte.

Así cayó, después de una batalla campal perdida, aquella ciudad que tanta resistencia opuso con sus fortificaciones, durante noventa y ocho días que fué hostilizada por los liberales.

REFLEXIONES.

Como habrá podido verse por las definiciones con que comienzan estos apuntes, en Oaxaca no pudo haber sitio, asedio ni bloqueo; pues antes bien, al principio de la ocupación de los cerros por nuestras tropas, éstas eran

las sitiadas, puesto que no podían bajar á los valles sino con dificultad.

Después, queda demostrado lo que significan las plazas de guerra, su valor respectivo, y los elementos en personal y material de guerra que son necesarios para expugnarlas.

Quedan también de manifiesto las dificultades que se presentan para atacar nuestras fuertes poblaciones, cuando se fortifican en su interior, y el poquísimos efecto que entonces debe esperarse de la acción de la artillería, por no ser fácil su emplazamiento, siendo así, que es el principal elemento para el ataque de las plazas.

Con explicaciones teóricas y con multitud de ejemplos prácticos, tomados de nuestra historia, se prueba que los ataques á viva fuerza en semejantes casos, son desastrosos para el que los emprende, y que por lo mismo deben evitarse á toda costa.

Tomadas en consideración las afirmaciones que anteceden, tendrá que convenirse que en lo que malamente se llamó sitio de Oaxaca, no pudo haberse hecho más de lo que se hizo.

Se acometió una empresa sin elementos para llevarla á cabo, y naturalmente fracasó (aunque sin sufrir una derrota) cosa que sucederá todas las veces que se intenta tomar una plaza de guerra, ó una ciudad fortificada, sin llevar lo necesario para el objeto.

Esto supuesto, creo injusta la censura que se hizo del General Rosas Landa por sus disposiciones en aquella campaña.

Cuando llegó al campo liberal se encontró con una situación que él no había creado. Su error consistió en no desengañar al Gobierno sobre la imposibilidad de tomar la plaza, en el estado de defensa que se hallaba.

El debió estudiar bien la situación, manifestarla al Gobierno, y renunciar el mando en el caso de que se le exigiera hacer una cosa contra su conciencia.

Por lo demás, tenía tres caminos que seguir:

1.º Atacar á viva fuerza, con la convicción de ser de-